

El alcionismo de Cervantes

CÉSAR PÉREZ GRACIA

Quizá sepa el lector curioso que una de las meditaciones previstas por Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*, 1914, se llamaba precisamente así — El alcionismo de Cervantes—, pero el proyecto se quedó en agua de borrajas. Yo, no sé muy bien con qué grado de fortuna o acierto, me decido a retomar ese título orteguiano. Ortega era muy propenso a las rachas circunstanciales, como si cada tiempo tuviese su ritmo o latido peculiar e inconfundible. Algo así como un olfato genial para los aromas históricos. El alcionismo alude a un paréntesis de milagroso sosiego que tiene lugar en el equinoccio de invierno y que sirve para que

el alción haga su nido. Una especie de veranillo de San Martín asomado a dos semanas dulces, antes del bronco y tempestuoso invierno. No sé si me equivoco en la apreciación, pero sospecho que Ortega era poco alciónico. Sus entusiasmos tal vez le traicionaban. O tal vez, por esa misma razón, al notar esa laguna personal en sí mismo, avizoró que podía ser la virtud capital cervantina. Un temple especial para guardar la calma en medio de los contratiempos. Un hombre curtido en las desdichas que fue capaz de escribir la novela más divertida de Europa. He ahí una posible razón del título imaginado y previsto por Ortega. El alcionismo o serenidad imperturbable de

Cervantes. Pero, vamos a ver si soy capaz de no extraviar el tiro, y consigo hacer una discreta diana.

Si imaginamos unas posibles vidas paralelas de Cervantes y Ortega —alcionismos comparados—, dos cimas literarias de la cultura española, nos percatamos de dos cosas. Quizá de más, pero ya veremos. El Quijote está lleno de aventuras majaderas, pero acaso sólo son la polvareda fugaz que da paso a lo esencial, los diálogos infinitos de una amistad única, entre un petimetre manchego y un ceporro. Unos diálogos de una eficacia cómica sin parangón. La posibilidad verbal de que un carcamal culto y un patán refranero hablen por los codos mientras recorren España por caminos de paisajes esfumados. Cervantes pertenece a una España lírica flanqueada por Garcilaso y Góngora, que asiste a la irrupción del género de la picaresca, cuyas cumbres pueden ser el *Lazarillo* y *El Buscón* de Quevedo. Cervantes se considera mal poeta, y cruza indemne el oceanillo pícaro; *Rinconete* y *Cortadillo* es la picaresca cordial, por no decir angelical. Pero quería volver al Cervantes alciónico. Cuando miramos el rocoso retrato que el mozo Velázquez pintó de Góngora, percibimos de un vistazo cómo era realmente un canónigo cordobés de 1600. Un tipo seco, avinagrado, tieso como una vara. La viva imagen de la momia del solterón Don Quijote. En el cuadro de *Los borrachos* no escasean modelos para su escudero Sancho. Pero sin olvidar, claro, que los retratos que valen son las páginas cervantinas y su alcionismo alcornoqueño, de trotamundos que hacen noche en los encinares polvorientos durante un historiado verano.

Y ahora conviene acercarse a nuestro siglo y ver despacio el tibio alcionismo de Ortega hacia 1914, cuando redactó sus *Meditaciones*. El filósofo madrileño tenía muy cerca un quijote viviente, Unamuno. De su brega personal con ese pensador cascarrabias surge su pensamiento de mocedad. Es curioso comprobar que Ortega

se nos antoja el colmo de la serenidad alciónica si lo comparamos con Unamuno. Sin embargo, la armonía cervantina parece de otra galaxia. Más al estilo de la *Oda a Salinas*, de Fray Luis de León. Tal vez la razón de este peculiar alcionismo orteguiano sea su capacidad de irradiación entusiasta, como de zarza ateniense consumida por una fogosa divinidad. Pero no vayamos tan deprisa. Cervantes es la porosidad milagrosa entre los humanistas visionarios —por no decir chiflados— y el sentido común rústico. Del aforismo al refrán hay mucho trecho, mil Manchas caminadas. La cultura libresca de la imprenta renacentista y la cultura rural no escrita, libran su personal batalla cervantina. Quizá la mayor aventura y la más invisible de la novela, de tan evidente.

Ortega era un filósofo formado en Alemania. Kant le ayuda a descifrar una España exenta del sueño dogmático y en esa senda nueva de lo antiguo, tropieza con el Hermes manchego, Cervantes. Conecta con la Francia de Proust y la Alemania de Husserl y Heidegger, y al regresar a Madrid, choca con el profesor quijotesco Unamuno, y no le queda otra salida que remozar a Cervantes, repensarlo y releerlo como un Azorín convertido en filósofo en perfecta sazón.

Descartes se noveló a sí mismo en su Discurso del método. Era lector cervantino y, por ello, conscientísimo del bosque de erudición renacentista, apenas a un paso siempre del disparate dogmático. Ortega era un conciezado lector cartesiano y se percató de que la innovación del pensador barroco consistió en reflexionar en primera persona sobre las arenas movedizas de la pedagogía de su tiempo. Descartes, Leibniz, Kant, Hegel, son una larga batalla franco-germana en la búsqueda de la senda correcta del bosque de la razón europea.

El paso y salto decisivo entre el novelista y el filósofo se cifra en la forja de una suerte de yo épico o utópico.

Cervantes resuelve el conflicto en una nebulosa de misterio apócrifo donde el autor se esfuma y quedan los personajes enfrascados en sus prodigiosos diálogos culti-rústicos. No es un doctor de Salamanca, ni un labrador aldeano, aunque se sabe hijo de una ciudad universitaria y sus lecturas no tuvieron coto, lo leyó todo. Sabe que cada uno es hijo de sus manos y obras, de su fortuna y experiencia. Tú mismo te has labrado tu ventura, dice. Ahí no habla el hidalgo loco sino el soldado-cómico-alcabalero-novelistas, Miguel de Cervantes.

Tal vez el secreto resida en el fondo personal. Novelista o filósofo son dos formas como otras cualquiera de ser persona. Tras el velo verbal culto o llano, late la presencia personal. Lo mismo, acaso, que nos dan los retratos velazqueños, personas mudas cuya máscara de carne y hueso perturba todavía nuestras miradas presentes, actuales.

Vemos, poco a poco, que el supuesto alcionismo de Cervantes y de Ortega es sólo un método o camino de desvelamiento de la realidad más dramática, la personal. Hay que calar y simpatizar con cada ser humano que pasa a nuestro lado. Somos como una caravana de otros fugaces. A fugitivas sombras doy vistazos, podemos decir parafraseando a Quevedo.

El posible error consiste en leer lo personal como status o condición social. La auténtica relación personal no sabe de barreras huecas o falsas fronteras. Es siempre de tú a tú. Y en ese sentido, no cuenta nada ser novelista o ser filósofo, el oficio es un medio, y lo principal es ser persona. Ni bestia ni querube, como decía Pascal y advertía Gracián.

El Quijote tal vez sea la síntesis infinita de España. Ortega descubre en esa novela un inagotable manantial u hontanar de misterio literario. Algo así como un presocrático de Alcalá de Henares. ¿Qué significa esa visión

sosegada del supuesto alcionismo cervantino? Es bastante aventurado encontrar una buena respuesta. Cervantes sorprende al mundillo literario madrileño con su primer Quijote de 1605. Es un sesentón, una momia viviente en un Madrid que ya adora a dos genios adolescentes, Góngora y Quevedo. El idioma está en su siglo de oro como si tal cosa. Lo normal sería que un anciano literato optase por el silencio, o que, avinagrado y resentido, rabiase y echase espuma rencorosa por su boca, o por su pluma. El viejo Cervantes es de otra pasta. Su humor flemático está curtido a prueba de Lepantos y Argeles. No se altera con niñerías, con facilidad. Ortega encuentra en él el mirlo blanco de nuestro idioma. Tiene a su lado al cascarrabias Unamuno y no da crédito a sus ojos, cuando lee a Cervantes. Su sorpresa puede traducirse en esta pregunta. ¿Cómo es posible que haya existido un hombre como Cervantes, tan templado y con una prosa que derrama encanto por todos sus poros? Algo similar les sucede a quienes contemplan los cuadros de Velázquez. No entienden tanta calma y gravedad. Pero Velázquez tenía la mejor colección de Tizianos a su alcance y no los miraba en vano. Pero ¿dónde miraba Cervantes para forjar su escritura? ¿Qué leía? Nos pinta un hidalgo que imita a Amadís —la novela de moda en tiempos de los Reyes Católicos— y que se sabe algunos versos de Garcilaso. El héroe majadero deja su aldea y busca aventuras por la Mancha. Confunde la ficción con la realidad. Ortega descubre la innovación cervantina en la fauna de peregrinos con los que se topa el lector del disparate activo, Don Quijote. Cada aventura es un choquetazo con la realidad de los caminos españoles de 1600. Cervantes es un experto en viajes manchegos y andaluces, italianos y argelinos. Hay dos planos claves en la novela. La fauna viajera real y los diálogos entre caballero y escudero. Cervantes es quizá la raya de la lucidez novelesca entre dos mundos rivales, las bibliotecas y su saber impreso, y la vida palpitante de los caminos y calles con su peculiar océano de personajes. Erudición y

vulgaridad en batalla perpetua. Es un hombre asomado a dos vertientes clasistas, los bachilleres o doctos, y los legos o iletrados, analfabetos. Saber leer en 1600 era un lujo. Significaba tener acceso a libros, muy escasos y casi puros tesoros. No había bibliotecas públicas en 1600. En las ventas, acaso tenían un Amadís apolillado y un viajero culto de paso leía en voz alta y todos escuchaban boquiabiertos. Tal vez el Quijote refleja ese punto histórico en que un libro se hace popular. Hasta entonces los libros eran principescos.

No creo que haya otro ejemplo en el mundo, un díptico novelesco con diez años de silencio alciónico en medio. Hasta en eso es único cervantes. La segunda parte brota de la primera como un retoño espontáneo y tardío, como un segundo verano en el invierno de la vejez. Una segunda sorpresa y escándalo literario en el Madrid de 1615. El cascado y enfermo novelista de Alcalá ha sacado a la luz la segunda parte de Don Quijote. ¡Qué temeridad, qué valor, qué locura! Un nuevo brote de jovialidad novelesca a última hora, otro Quijotazo ya con el pie en el estribo. ¡Qué recio humor, qué estómago, qué espléndido milagro!

En su breve ensayo sobre la *España cervantina*, el profesor Marías resume así el arte del Greco: “contemplan milagros sin perder el sosiego, la gravedad española”. El arte cervantino acaso consista en contemplar locuras sin perder la calma. He ahí una posible vía del alcionismo cervantino visto por Ortega, y medio siglo después, por Marías. En su libro *Cervantes clave española*, rastrea sin descanso la vida y obra cervantina. Retengo una palabra suya —titubeo— que me gusta. Cervantes tiene una biografía titubeante, tanteadora de mil caminos. Acaso era un hombre titubeízo, por decirlo con ese sufijo futurizo que agrada al gran estudioso orteguiano. El hombre de Alcalá no sabe con certeza si será lo que quiere ser.

Me gusta mucho una expresión cervantina: Yo no puedo más. La dice el hidalgo trastornado después de esta curiosa reflexión. “Todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más”. Se siente en manos de dos valientes encantadores —uno estorba lo que el otro intenta— y es difícil no sentirse conmovido por esa confesión final: Yo no puedo más. Si el lector no escucha ahí un velo de rendición vital, estará sordo. Esa sensación de agotamiento total debe leerse junto al borbotón de euforia o entusiasmo que le acomete cuando divisa una nueva aventura. Yo no puedo más, pero deseo mucho. Fallan las fuerzas, pero no los ánimos.

Existe otro curioso texto de Julián Marías que puede orientarnos en la pesquisa actual. Se trata de su breve ensayo *Ataraxía y alcionismo*, donde analiza el sosiego español. Cita una hermosa página de Melo, un galeón en peligro de naufragio y la lectura de un soneto lopesco, espejo del sosiego barroco. El mito del alción se remonta a Aristóteles y desemboca en Ovidio. Una página de Ortega hacia 1948 nos habla de la calma jovial como empresa personal. Brilla por su ausencia en ese concienzudo ensayo alciónico de Marías, el ejemplo de Cervantes. Ortega replica en ese texto al nihilismo de Sartre, casi con idéntica desazón que cervantes a Avellaneda. Cervantes ejecuta una hermosa cabriola espacial en la segunda parte del Quijote, da un salto enorme en muy pocas páginas — apenas un capítulo— desde el corazón de la Mancha hasta las orillas del Ebro. Bautiza así, la Mancha de Aragón, a ese curioso cambio de comarca novelesca. Al descuartizar el retablo de títeres de cartón, Cervantes ajusta cuentas con Avellaneda. Quizá sólo le faltó representar como títeres al falso Don Quijote y Sancho de Avellaneda en una Sansueña de cartón. Riquer sostiene que Avellaneda es Maese Pedro o Pasamonte. ¿Pierde allí Cervantes su famosa calma o

sosiego? En el prólogo segundo habla de la náusea de otro Quijote y corta por lo sano — con su pan se lo coma, dice— y su humor alciónico sale indemne, con la oferta de ir a la China para enseñar castellano. Estoy enfermo y muy sin dineros. La flema cervantina es algo inconfundible.

Es en este delicioso punto donde conviene afinar el oído discreto del lector. Cuesta poco mantener una mínima cautela ante la prosa cervantina, porque la réplica del cabrero es muy fina. “A lo menos, señor, acogen hombres escarmentados”.

El filósofo cervantino ronda con la noción de hombre escarmentado. Y una vez dicho esto, que no es mucho decir por mi parte, conviene volver a una de las claves de la novela cervantina, el eterno filo de la navaja encantada, entre la razón y el disparate. El libro entero está lleno de juegos irónicos donde la locura frisa con la cordura. La ventaja que el rústico tiene sobre el letrado o bachiller, reside en su buen sentido o sensatez campesina. El gran peligro del aficionado a devorar libros consiste en acabar desquiciado y loco de remate. La gran sorpresa que Don Quijote produce entre sus muchos compañeros de viaje resulta del ingenio cervantino para trufar o embutir, aquí y allá, en sus infinitos discursos caballerescos, y réplicas, algo así como rachas de razón radiante, como si de pronto el hidalgo fuese un ensayista tan cabal como Montaigne. El alcionismo de Cervantes apunta a ese ojo imperturbable o escarmentado, capaz de mantenerse en el filo casi imposible entre las feroces y continuas escaramuzas de la razón y la majadería. Nunca cesan ese tipo de aventuras. Nunca faltan. Ni fuera ni dentro de la novela cervantina. Es una virtud simétrica de nuestro mundo.

De ahí el gran valor que Ortega otorga al precioso alcionismo cervantino. Un verso del Parnaso nos ayuda y orienta en esta reflexión: y si hay cuatro que acierten, mil deliran. He ahí otra muestra más de su modo de ver el mundo. El acierto de la razón es raro, y poco menos que excepcional. La mayoría delira, disparata, despotrica. Lo que otorga al mundo su rumor agrio, su run-run de fondo, es la eterna cantinela de las palabras desaforadas, sin peso, tino y medida. Visto de ese modo, el Quijote es un libro único porque sus mil delirios caballerescos o bellacos, aparecen siempre equilibrados o compensados por una rara aleación de encanto racional, de humor cordial e irónica medida.

Cuesta creer que lo mejor de una pequeña meditación pueda escabullirse ante nuestros ojos, como si realmente la naturaleza estuviese embrujada o encantada y se pirrase por esfumarse y desaparecer de nuestra vista. Ortega aconsejaba una lectura pensativa del Quijote porque, según él, era un libro con una rara dimensión novelesca, una insólita profundidad. Pero, encuentro por fin, una página del profesor Marías, donde se ha detenido a pensar sobre este asunto. Viene a decir que el título —alcionismo de Cervantes— es sugestivo, pero poco claro. Y se pregunta, ¿en qué sentido podría atribuirse a Cervantes? Nos remite entonces a su ensayo ya citado aquí, *Ataraxía y alcionismo*, y añade una frase preciosa: “Esto me parece ver en el mito del alción, animal totémico a la sombra de cuyas alas transcurrió quizá la vida entera de Ortega, cuyo activo sosiego había hecho posible ‘el alcionismo de Cervantes’”. Cuesta creer que lo mejor pueda volar sin previo aviso y sin dejar rastro. Me refiero, una vez más, a los duendes de la memoria y la lectura. Yo me había propuesto indagar por mi cuenta y riesgo en esa meditación fantasma de Ortega y descubro, algo por otra parte perfectamente previsible, que Julián Marías ya ha pasado por allí, ya ha cavilado y pensado al respecto. No me queda otro remedio que tenerlo en cuenta. Su frase me

obliga a recapitular mis pobres páginas previas. Quizá eso sea el leer pensativo que recomendaba Ortega. Veo, o a mí me parece apreciar, que el profesor Marías da en el clavo en un concepto radiante, el *sosiego activo*. Es una hermosa aventura comprobar y constatar que nuestro idioma tiene virtudes racionales magníficas, capaces de provocar un entusiasmo dinámico.

Ortega, si nos atenemos a la interpretación de Marías, se proyecta y salva su vida al remozar o recrear su personal alcionismo cervantino. Su lectura del Quijote hacia 1914, sus meditaciones, logran la asimilación crítica de la gran novela española. Han pasado tres siglos, pero no en vano. De su meditación de entonces, venimos todos nosotros, los lectores orteguianos. Julián Marías, hacia 1957, en su edición de las Meditaciones orteguianas —o cervantinas— da un nuevo paso en la dilucidación de nuestro presente inmediato. Si Ortega logra con su vida entera y mediante su personal visión alciónica, el remozamiento de las palabras cervantinas, un Cervantes a la altura de 1914 que pervive hasta 1955, la lectura de Marías y su interpretación de la trayectoria orteguiana nos conduce a una nueva síntesis feliz de la razón española. Ese alcionismo activo es obra de Marías. Del que acaso su vida entera sea el mejor ejemplo. Sus libros sobre Ortega, primero, y Cervantes, posteriormente, son la mejor prueba.